a los techos de los pórticos cubiertos con maderas de cedro; si bien cuidando de no tocar al templo, que él se proponía conservar, mas en lo revuelto del combate, un soldado arrojó una tea en el santuario, y el magnífico templo se derrumbó reducido a escombros.

El choque fue tan encarnizado, que la sangre corría a torrentes por las gradas del templo. Por fin, la ciudad alta (en el monte Sión) cayó en poder de los romanos, y cuantos a su paso encontraban los conquistadores, sucumbieron al filo de la espada: las casas con sus moradores fueron presa del fuego y reducidas a cenizas.

Dos días y dos noches estuvo ardiendo la ciudad; al tercer día era un montón de escombros. Sobre un millón de hombres pereció durante el sitio; 97.000 prisioneros fueron transportados en calidad de esclavos. Las ruinas de la ciudad y del templo estaban diseminadas como si hubiesen sufrido un terremoto.

Como Cristo había predicho, no quedó piedra sobre piedra, y los judíos desparramados por todo el mundo.

En el año 366 después de Jesucristo, el emperador romano, Juliano el Apóstata intentó reedificar el templo, para confundir la profecía

de Cristo: *«Su casa quedará desierta»,* mas temblores de tierra arrojaron fuera las piedras colocadas para servir de cimientos, llamas extrañas brotaron del suelo, mataron a muchos trabajadores (gentiles y judíos) y no era posible acercarse impunemente a aquel lugar, de suerte que hubo que abandonar los trabajos. Poco después perdió Juliano la vida en una batalla contra los persas y (aludiendo a Jesús) murió diciendo: «¡Venciste Galileo!»

Los jefes del pueblo deciden la muerte de Jesús

Los enemigos de Jesús estaban ansiosos de echarle mano y quitarle la vida. Los ha confundido muchas veces. Sus muchos milagros, por otra parte, eran cada día más notorios, y uno de ellos era el que acababa de hacer: el de la resurrección de Lázaro: ¡Un muerto de cuatro días devuelto a la vida con una palabra!

Este hecho acaece a las puertas de Jerusalén y es comprobado por numerosos testigos, algunos de ellos enemigos del taumaturgo. El resultado fue que muchos de los judíos creyeron en Él, y los fariseos, envidiosos de la gran fama y

popularidad de Jesús, congregan al Sanedrín o Gran Consejo para tomar una resolución.

Se juntaron en casa de Caifás, Sumo Sacerdote y Presidente del Sanedrín y decían: *«¿Qué hacemos?. porque este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrían los romanos y destruirían nuestra ciudad y nuestra nación».* En sus mismas manos quedan condenados. Jesús hace muchos milagros; todos creen en Él... *¿Qué hacemos?,* pues ¿qué habéis de hacer, sino también creer vosotros en Él?

Entre ellos no faltan amigos de Jesús que quieren defenderle y hacen notar su prestigio y lo muy querido que es del pueblo..., pero Caifás ataja bruscamente las discusiones que tienen diciéndoles (en cierta manera inspirado sin darse cuenta): «Conviene que un solo hombre muera por el pueblo» (Jn. 18,14). Después de estas palabras y de no hallar testimonios falsos para pronunciar sentencia de condenación, se dirige a Jesús y le dice: *«Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le contestó: Tu lo has dicho. Además os digo que ya veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes*

del cielo». Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras y dijo: Blasfemó, ¿qué necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo oísteis la blasfemia. ¿Qué os parece? Contestaron: Reo es de muerte».

Poco antes de dejarse apresar de sus enemigos, Jesús subió con sus apóstoles a Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua. Sabía que al término de este camino estaba el Calvario, y Él de propósito les anuncia claramente su Pasión:

«He aquí, les dijo, que subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas que están escritas acerca del Hijo del hombre..., porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y a los ancianos; y estos le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles; los cuales le escarnecerán y escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida; y Él resucitará al tercer día».

Todo está dicho con admirable exactitud: la traición de Judas; la sentencia de muerte dada por el Sanedrín; la entrega a los gentiles; la Pasión propiamente dicha con sus dolores y sus escarnios; la muerte; por fin la resurrección.

San Pedro, en los Hechos de los Apóstoles, exhortándolos a creer en Jesucristo, les dice: *«Ahora, hermanos, se que por ignorancia ha-*

béis hecho esto, al igual que vuestros jefes. Mas Dios ha dado así cumplimiento a lo que tenía antes anunciado por boca de todos los profetas, que su Cristo había de padecer. Arrepentíos, pues, y convertíos para que sean borrados vuestros pecados» (3,17-18).

¿Quiénes son los responsables de la muerte de Jesús?

Somos todos, porque todos hemos pecado y Jesús vino a salvar a los pecadores. En la muerte de Jesús unos tienen más culpa que otros, pues así lo dijo nuestro Señor, por cuanto atribuyó un mayor pecado a Judas y al sumo pontífice: *«Por eso el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado»* (Jn. 19,11).

—*Pecó Judas* entregando al Justo a la muerte por la avaricia.

—*Pecaron los judíos* pidieron su muerte, y especialmente los escribas y fariseos cuando por envidia contra Él lo entregaron, y cuando despiadados clamaban: *«¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*

—*Pecó Pilato.* Es cierto que reconoce él la inocencia de Jesús y trata de librarle, pero fue

débil, ya que estaba en su mano el condenar o soltar a Jesús, y por no perder su puesto y enemistarse con el César, terminó por entregarlo para que fuese crucificado.

—*Pecamos también todos,* todos los pecadores, pues cuando se acercaron a prender a Jesús en el huerto, después de hacerles caer en tierra, les autorizó para que se levantaran, diciéndoles: *«Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»* (Lc. 22,53), y poco antes a sus discípulos: *«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores»* (Mt. 26,54). Todos cuantos hemos pecado somos culpables de su pasión.

Los judíos fueron instrumentos en la muerte de Jesús, pero de algún modo hemos cooperado todos, pues la responsabilidad por su muerte no pesa sobre un pueblo determinado, sino sobre toda la humanidad. Y así lo dice San Pablo: *«El mundo todo se tenga por reo delante de Dios»* (Rom. 3,19).

A este propósito dice Fulton Sheen: «La culpa por la crucifixión no puede achacarse a una sola nación, raza, pueblo o individuo. El pecado fue la causa de la crucifixión, y toda la humanidad estaba inficionada por el pecado de una manera hereditaria».

Todos, pues, hemos tomado parte en la pasión de Jesucristo, porque todos hemos pecado.

El profeta Isaías dice: *«Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo, causa de nuestra paz, cayó sobre Él, y a través de sus llagas hemos sido curados»* (Is. 53,5).

Además podíamos decir que la Pasión también fue obra de Dios. He aquí el gran misterio. El amor de Dios se sobrepuso a nuestras iniquidades y movido por su infinito amor *«entregó a su Hijo Unigénito al mundo para que el mundo fuese salvo por Él»* (Jn. 3,16). *«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo»* (2 Cor. 5,19). Bien podemos decir cada uno de nosotros con San Pablo: *«Me amó y se entregó a la muerte por mi»* (Gál. 2,20).

¿Qué más tenemos que saber de Jesucristo?

Lo que tenemos que saber es que Él «es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana», y «no ha sido bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse» (LG. 10). Él es, como tenemos dicho, la figura central de la Biblia, porque en Él convergen todas las profecías, las que nos dan

a conocer la historia del pueblo de Israel y su porvenir, y como nos dice San Pablo, *«el velo que existe hoy para muchos en la lectura del Antiguo Testamento, sólo con Cristo* (con el estudio de su Evangelio) *desaparecerá»* (2 Cor. 3,14).

Según la revelación divina, Jesucristo *«existió antes que el mundo existiera»* (Jn. 17,5). Él es la Palabra del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, es Dios como Él (Jn. 1,1-3). Él quiso venir a este mundo por medio de la Virgen María, y así aparecer como hombre entre los hombres y nos habló como Dios al decir que *tenía todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt. 28,18).

Él que *«conoce cuanto conoce el Padre»* (Mt. 11,27), conoce los pensamientos de los hombres (Lc. 5,17ss) y el porvenir del pueblo judío y de todos los pueblos de la tierra, como se nos va revelando en sus profecías...

Para conocer mejor a Jesucristo estudiemos los Evangelios, y reconoceremos que Él es la suma santidad, el que pudo retar a sus enemigos: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»* (Jn. 8,46)... Él selló su vida con el milagro de su resurrección, Él sigue viviendo entre nosotros, pues «resucitó para nunca más morir» (Rom. 6,9),

y Él ha dicho «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos» (Mt. 28,20). *«A Él la gloria por los siglos»* (Rom. 11,36).

¿Qué piensa hoy el pueblo judío de Jesús?

Hemos de tener presente que Jesús, el Salvador de los hombres, pertenece a la raza judía, y que nace, crece y vive en su misma tierra, y en ella empezó a predicar un mensaje divino, y entre aquellos habitantes de Palestina elige sus apóstoles; y es más, Él quiso venir a este mundo por medio de una Virgen de la estirpe davídica.

La doctrina que Él expone se apoya en la revelación antigua, sobre la doctrina moral y religiosa encerrada en los libros del Antiguo Testamento y estudiada por los doctores judíos. Él mismo ha presentado sus enseñanzas como un complemento o coronamiento de la Ley mosaica, pues *«no vino a destruirla, sino a perfeccionarla»* (Mt. 5,17).

«Jesús vino a los suyos, pero éstos no le recibieron» (Jn. 1,11) ni le comprendieron. ¿Le entenderán en la actualidad? ¿Cómo hablan de Él?

En los primeros siglos hubo una corriente de

odio y menosprecio en el pueblo judío hacia Jesús, y hasta se forjaron leyendas infames, y todavía a fines del siglo pasado en el primer documento de los «Protocolos de Sión» aparecen declarados enemigos de la Cruz de Cristo y de su Iglesia.

En la época actual, desde que las ciencias modernas han penetrado en los círculos israelitas cultivados, varios de sus sabios se han puesto a estudiar la Historia de Jesús y han llegado a estimarlo y considerarlo como uno de sus más grandes doctores. Así historiadores tales como *Graet Weiss...*

Montefiore habla de Jesús con admiración y lo pinta ante todo como el profeta judío.

Esslow dice de Él que es la gran encarnación del espíritu del judaismo: del profetismo, del idealismo, de la espiritualidad, del temor de Dios y de la bondad.

Klausner ha querido asignar a la doctrina del Evangelio un puesto en el judaismo por su ética sin par, calificando a Jesús de «maestro de alta moral y maestro de la parábola de la primera línea».

Actualmente se mezcla ya en muchas partes el judaismo y el Evangelio, y no es raro, como dice Lindeskog, oír el nombre de Jesús en la

predicación sinagogal moderna. Además en la actualidad hay centros de estudios judeo-cristianos.

También habla a favor de Jesús el veredicto pronunciado en un «tribunal oficioso» compuesto por cinco insignes israelitas en 1933, cerca del «proceso de la crucifixión de Jesús», pues por cuatro votos a favor y uno en contra declararon que la antigua sentencia del Sanedrin, hace diez y nueve siglos, debía ser retractada, ya que «la inocencia del inculpado estaba demostrada, y su condena fue uno de los terribles errores que los hombres hayan cometido jamás, error cuya reparación honraría a la raza humana» (Riccioti).

El Concilio Vaticano II nos dice a este propósito: «Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo (Jn. 19,6), sin embargo, lo que en su pasión se hizo no puede ser imputado, ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy»... y deben saber que «la Iglesia, que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio común con ellos, e impulsada, no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de

antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos».

Lo que si tenemos que decir con San Agustín, es que los judíos «leen a Cristo y no lo entienden», van como ciegos con el Antiguo Testamento en sus manos y no es posible que lo comprendan sin Cristo que es el que le da sentido. Cuando el velo, que embota sus inteligencias, sea quitado, Israel se convertirá al Señor (2 Cor. 3,12-18).

El pueblo de Israel a partir del año 70

No se puede negar que este pueblo ha sido dotado de una vitalidad misteriosa y única, manifiestamente querida por Dios, porque de otra manera no se explica, humanamente hablando, su existencia, ya que disperso entre innumerables países, su cohesión e integridad nacional y religiosa, y, aunque expuesto continuamente a persecuciones, ahora no cesa de crecer en número y poder.

Escribiendo de este pueblo el célebre Bossuet, dice: «Debiendo ellos volver un día a este Mesías que ellos han despreciado, y siendo así que el Dios de Abraham no ha agotado aún sus mise-

ricordias sobre la raza, aunque infiel, de este patriarca, ha encontrado un medio del cual no hay un solo ejemplo en el mundo, para conservar a los judíos fuera de su país y sumidos en sus propias ruinas, más tiempo aún que los pueblos que los vencieron.

Hoy no vemos ningún resto de los antiguos asirios, ni de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aún de los antiguos romanos. Se han perdido su huella, y se han confundido con los demás pueblos. Los judíos, que fueron siempre la presa de aquellas naciones antiguas tan célebres en la historia, les han sobrevivido, y Dios, al conservarlos, nos pone en la espera de lo que quiere hacer aún de las desgracias reliquias de un pueblo tan favorecido».

La destrucción de Jerusalén por Tito (año 70 de JC.) dejó disperso y casi aniquilado al pueblo judío. La revuelta del año 132 costó la vida a más de medio millón de judíos y produjo el destierro de los sobrevivientes por orden de Adriano (135)... y ahora tenemos que reconocer que es un hecho real que Israel, casi aniquilado por el poder romano, y después de veinte siglos, disperso y errante por el mundo, perseguido y maltratado,

se presenta pujante como una religión y como una nación.

El profeta Isaías nos dice: *«Dios ha castigado a Israel con la dispersión y el destierro, echándole como un soplo impetuoso, como viento solano. Así será expiada su iniquidad, y éste será todo el precio del perdón de sus pecados»* (27,8-9).

Israel seguirá viviendo y no será exterminado jamás, y así lo dice otro profeta, Jeremías: *«No temas tú, siervo mío Israel, dice el Señor, pues estoy contigo. Exterminaré a todas las naciones a donde te he dispersado, pero a ti NO TE EXTERMINARÉ, aunque te castigaré con arreglo a justicia y no te dejaré de todo impune»* (46,28)

Actualmente el pueblo disperso de Israel va viniendo del destierro y se va juntando en torno a Jerusalén conforme a las profecías, que ya iremos exponiendo.

Teodoro Herzl y David Ben-Gurión

He aquí dos personajes judíos que nos ponen de manifiesto la situación del pueblo de Israel en nuestros días.

Los judíos condenados al destierro en los diversos países del mundo han mostrado siempre propensión a vivir en un régimen propio, y lo han ido consiguiendo hasta lograr un Estado Hebreo, y actualmente, después de tantas tentativas han proclamado su independencia el 15 de mayo de 1948 con Jerusalén como capital.

Teodoro Herzl, escritor, abogado y poeta judío, de fines del siglo pasado, es el verdadero fundador de la Organización Sionista Mundial, es decir, de este movimiento nacionalista que proclamaba la necesidad de un Estado independiente a fin de buscar refugio para los hebreos y substraerse de las persecuciones antisemitas a fin de vivir en paz.

El mismo Teodoro Herzl publicó en 1896 el libro que había de hacerle famoso: «Der Judenstaat» (El Estado Judío). En dicha obra plantea la necesidad de crear un estado independiente, y de él son estas palabras un tanto proféticas:

«Esperamos que una admirable generación de judíos va a salir de la tierra. Los Macabeos resucitarán. Los judíos quieren tener un Estado; lo tendrán. Es necesario que vivamos al fin libres sobre nuestro propio suelo y que encontremos en

nuestra patria una suerte apacible. Nuestra libertad libertará al universo, nuestras riquezas lo enriquecerán, nuestras grandezas lo engrandecerán, y lo que intentamos allí para nuestra salud, servirá poderosamente para la felicidad de todos los hombres.»

Los anhelos de los judíos de reunirse en Palestina, su patria de origen, desde entonces fue creciendo y empezó a cumplirse la profecía de Jeremías hecha a raíz de su destierro a Babilonia: *«Yo los reuniré de todos los lugares en que los dispersé en mi cólera, en mi indignación y en mi furor. Yo los volveré a este lugar (a Jerusalén), para que en él habiten seguros»* (32,37) y empezaron las inmigraciones y se compraron campos (véase Jer. 32,6ss).

Discurso de David Ben-Gurión. Este discurso lo pronunció en la proclamación que hizo del nuevo Estado de Israel, documento ciertamente histórico y muy significativo, que sin duda coincide con las profecías bíblicas. En él invita a los judíos de todas las partes del mundo a que vengan a Palestina para formar un solo pueblo que llevará el nombre: ISRAEL.

«La tierra de Israel fue cuna del pueblo judío. Aquí se formó su personalidad religiosa, espiri-

tual y nacional. Aquí consiguió la independencia y creó una cultura de transcendencia nacional y universal. Aquí el pueblo judío escribió y entregó al mundo la Biblia.

Exiliado de la tierra de Israel, el pueblo judío continuó fiel a la misma en todos los países por los que tuvo que dispersarse, sin cesar nunca de rezar y confiar en el regreso a su país de origen y en la restauración de su libertad nacional.

Impulsados por esta asociación histórica, los judíos lucharon durante todo el transcurso de los siglos por regresar al país de sus padres y «volver a formar una nación».

En décadas recientes regresaron un buen número al solar de sus mayores, roturaron los yermos, resucitaron el idioma, edificaron ciudades y villas, y establecieron una comunidad que ha crecido sin cesar, dotada de una vida económica y cultural propia...

El reciente holocausto que devoró en Europa a millones de judíos, demostró nuevamente la necesidad del restablecimiento del estado judío, que abriría las puertas a todos los de nuestro pueblo y nos situaría en pie de igualdad entre la familia de las naciones...

El derecho del pueblo judío a proclamar su

«Estado independiente es indiscutible...». Por todo lo cual proclamamos el Establecimiento judío en Palestina que llevará el nombre de ESTADO DE ISRAEL.

Este tendrá sus puertas abiertas «para todos los judíos de todas las naciones por las cuales se encuentran dispersos» que quieran inmigrar; promoverá el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los principios de libertad, justicia y paz según la concibieron *los profetas de Israel;* proclamará la igualdad social y política de todos sus ciudadanos, sin distinción de religión, conciencia, enseñanza y cultura...

Nosotros ofrecemos nuestra mano en paz y buena vecindad a todos los estados limítrofes y a sus pueblos, y les invitamos a colaborar.

Con la confianza puesta en Dios Todopoderoso redactamos la presente declaración en esta primera sesión del Consejo Provisional del Estado, sobre el suelo de la Patria, en la ciudad de Tel-Aviv, en la víspera del sábado, el 5 de Iyar de 5708, catorce de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho».

Este fue el discurso de Ben-Gurión, y no hay duda que Israel es el pueblo misterioso y provi-

dencial que Dios reunirá en Palestina y preparará para su conversión como dicen los profetas, pueblo al que Dios ama, y así lo dice Él por el profeta Isaías: *«Porque mucho vales a mis ojos, eres precioso y yo te amo. Por eso a cambio tuyo entrego hombres y pueblos por rescate de tu vida.*

»No temas, porque Yo estoy contigo. Desde Oriente haré venir a tu raza, y desde Occidente te recogeré. Diré al Norte: "Restituye", y al Sur: "¡No los retengas!". Devuelve a mis hijos de allá lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra» (Is. 43,4-6).

No lo olvidemos: Dios está al lado de Israel y lo va preparando para grandes acontecimientos.

Reunificación de Israel

La Sagrada Escritura nos habla de una reunificación definitiva de Israel en su patria de origen, la que aún no se ha cumplido; pero ya ha tenido su comienzo, y nos admira el saber el gran desarrollo de la inmigración a partir del nuevo Estado.

León Uris en su obra «Exodo» 1961 nos da una idea de esta inmigración espontánea:

—«Acudieron a Palestina inmigrantes del Kurdistán, de Irak.

—Una tribu guerrera perdida en Aqramaut, en el protectorado oriental, se abrió camino hasta Adén luchando.

—Vinieron también de los campos de personas desplazadas de Europa.

—Salían de las mehallas de todo lo ancho de Africa del Norte: Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto.

—Llegaban a Israel procedentes de Francia, Italia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Escandinavia.

—En Africa del sur la opulenta comunidad judía y los sionistas más ardientes del mundo se fueron a Israel.

—Venían de China y de la India, donde se habían establecido tres mil años atrás.

—Venían de Australia, del Canadá, de Inglaterra..., de Argentina.

—Otros atravesaban desiertos abrasadores. Otros entraban en los desvencijados aviones del servicio aéreo.

—Otros llegaban apiñados en los departamentos de transportes de ganados y otros en barcos de lujo.

—Acudieron de setenta y cuatro naciones diferentes.

Los dispersados, los exiliados, los repudiados se congregaron en el único rincón de la tierra donde la palabra "judío" no era un insulto».

Con estas inmigraciones han reaccionado los árabes que empezaron alegando que ellos eran los que tenían derecho a ocupar Palestina y no los judíos por llevar en ella ocho siglos. Los judíos, en cambio, se han hecho fuertes aduciendo la posesión de la misma, desde mucho antes que llegasen los árabes a ella, por ser descendientes de Abraham. Actualmente continúan entre ellos las luchas, pero la Biblia está a favor de Israel.

Hay muchas profecías, que nos hablan del retorno definitivo de Israel, y una de ellas que ahora cito, es la del profeta Amós, que mira sin duda a este tiempo. Es ésta: *«Yo haré retornar a los cautivos de mi pueblo Israel; reedificarán las ciudades devastadas y las habitarán, plantarán viñas y beberán su vino, harán huertos y comerán sus frutos. Los plantaré en su tierra, y no volverán a ser arrancados de la tierra que Yo les he dado, dice Yahvé, tu Dios»* (9,14-15).

La inmigración judía que continúa en la actualidad, no creo se pueda poner en duda, es muy

conforme con las profecías que citaré a continuación, y los regresados estos años a Palestina de las cinco partes de la tierra son de las doce tribus, o sea, de Israel y de Judá, pues podemos comprobar que sólo las tribus de Judá y Benjamín tuvieron su restauración después del cautiverio de Babilonia y fueron pobre y parcial presagio, si se quiere, de la final que anuncian los profetas. Mas las tribus del Norte, como ya dije anteriormente, esto es, las diez que fueron deportadas a Asiria y que formaban el reino de Israel, no volvieron jamás, y han de volver conforme lo dicen las profecías siguientes, porque se refieren a ambos reinos que un día fueron deportados.

Profecías que se refieren a Israel y Judá

Notemos que las profecías que voy a citar no se refieren sólo a Judá, sino a Israel y Judá, o sea, a las doce tribus, y en la actualidad empiezan a tener su cumplimiento, y que un día será total.

—*«El Señor reunirá a los dispersos de Israel y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra...«* (Is.11,12).

—*«Hijos de Israel, vosotros seréis recogidos*

uno a uno... y vendrán los dispersos de Asiria y los fugitivos de Egipto y se posternarán ante Yahvé en el monte santo de Jerusalén» (Is.27,12-13).

—*«En aquellos días se juntará la casa de Judá con la casa de Israel, y juntas vendrán de la tierra del Norte a la tierra que di en herencia a vuestros padres»* (Jer. 3,18).

—*«Yo mismo reuniré los restos de mi rebaño de todas las tierras en que las he dispersado, y los volveré a sus prados, y fructificarán y se multiplicarán... y suscitaré a David un vástago... y en sus días será salvado Judá, e Israel habitará confiadamente... He aquí que vienen días, dice el Señor, en que no se dirá ya ¡Vive Yahvé que sacó a los hijos de Israel de Egipto!, sino ¡Vive Yahvé que sacó y trajo a la estirpe de la casa de Israel del país del Norte y de todos los lugares donde lo había dispersado, para que habiten de nuevo su propia tierra»* (Jer.23,3-9).

Entonces se verificarán prodigios semejantes a su regreso a Palestina, como cuando salieron de Egipto, porque así Dios lo dispone, según el profeta Isaías. Y el Señor *«abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedaron de Asiria, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto»* (11,16).

—«*He aquí que vienen días —oráculo de Yahvé— en que haré volver los desterrados de mi pueblo Israel y Judá, y los haré volver a la tierra que di a sus padres y la poseerán. Estas son las palabras que ha pronunciado Yahvé sobre Israel y Judá... No tiembles, Israel, porque voy a liberarte de la tierra lejana, y a tu descendencia de la tierra de cautividad. Jacob tornará y vivirá tranquilo y seguro, sin que nadie le perturbe, porque Yo estoy contigo, dice el Señor*» (Jer.30,3-4.10).

—«*Así dice Yahvé, el Señor: he aquí que Yo sacaré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde fueron y los recogeré de todas partes y los llevaré a su tierra y haré de ellos una sola nación...*» (Ez.37,21).

—«*Yo los plantaré en su propio suelo; y no volverán a ser arrancados de la tierra que Yo les he dado, dice Yahvé, tu Dios*» (Amós 9,15).

El profeta Oseas nos habla de una restauración final de las diez tribus y es la única, según la Biblia, que han de tener desde su destierro por Salmanasar y Sargón a Asiria. San Jerónimo al interpretar las palabras de este profeta, dice expresamente que se deben referir a los últimos tiempos.

Dios está al lado de Israel

Sabemos que Dios no ha dejado de castigar a Israel en el transcurso de los siglos por haber pecado gravemente, pudiendo decir como otro día lo dijera el profeta Jeremías: *«Por tus muchas maldades, por tus muchos pecados, te he tratado así»* (30,15); pero a pesar de tantos castigos, Dios ama a Israel, y Él lo dice así: *«Yo reprendo y castigo al que amo»* (Apoc.3,19).

A veces estamos tentados a decir: Señor, ¿cómo es posible que permitas tantos castigos sobre tu pueblo del que dices que tanto amas?

Sobre este pueblo, por no seguir el camino de los mandamientos de Dios, cayeron las maldiciones que les predijo por medio de Moisés (Dt.28,15ss): dispersión, hambre, enfermedades, persecuciones sin cuento...; culminando éstas en la persecución sangrienta desencadenada por Hitler y en la que fueron sacrificados unos seis millones de judíos.

Mas a pesar de tantos castigos, las promesas de Dios son inmutables y tenía que cumplirse la de conservarlos en medio de las naciones en que fueron dispersados y la de traerlos a su patria de origen, y por eso les anunció que los castigaría sin aniquilarlos por completo:

«En medio de tus angustias, cuando todo eso haya venido sobre ti, en los últimos tiempos, te convertirás al Señor, tu Dios, y le oirás; porque Él es Dios misericordioso. No te rechazará ni te destruirá del todo» (Dt.4,30-31).

Después de tantos castigos que han caído sobre Israel, bien podemos decir con el profeta Isaías: *«Así es expiada su iniquidad y este será el precio del perdón de sus pecados»* (27,8-9).

Grandes han sido los castigos caídos sobre Israel, pero grandísima es la predilección por él. Veamos algunas expresiones: *«Mas tu, oh Israel, siervo mío..., de la estirpe de Abraham, mi amigo. Yo te traeré de los extremos de la tierra. Yo te he escogido y no te he desechado. No temas que Yo estoy contigo; no desmayes que Yo soy tu Dios... No temas, Yo soy tu auxilio, dice Yahvé y tu Redentor es el Santo de Israel»* (Is.41,8ss).

¿Quién sabe el porvenir de las cosas? Sólo Dios: *«Anunciad lo que ha de venir* (dice el profeta en nombre de Dios), *para que sepamos que sois dioses...»* (41,23; 44,7-8). Sólo Dios sabe el porvenir y nos va anunciando la suerte definitiva de Israel, y hablando a éste, le dice (al modo humano): *«Un día me fatigaste con tus pecados, y me tienes cansado con tus iniquidades. Yo soy*

quien por amor de mi, borraré tus pecados y no me acordaré más de tus rebeliones» (Is.43,24-25).

El Señor muestra una gran solicitud sobre Israel y lo consuela. Mientras ellos decían Yahvé nos ha abandonado y se ha olvidado de nosotros, Él contesta: *¿Acaso puede una madre olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, Yo no os olvidaría»* (Is.49,14-15).

Esta es una expresión de la admirable ternura paterna con que Dios ama a su pueblo, y es más, ama tanto Dios a Israel, que llega a decir por el profeta Zacarías a los judíos: *«Quien os toca a vosotros, toca a la niña de mis ojos»* (2,8). No hay duda que Dios está al lado de Israel y lo ama con predilección, y la dispersión que ha sufrido y ahora la reunificación de las doce tribus, es obra de Él y todo cuanto nos dice de este pueblo, se cumplirá:

«Yo sacaré a mi pueblo de la tierra de levante y de la tierra de poniente, y los traeré y habitarán en Jerusalén» (Zac.8,7-8).

El Estado de Israel y la Guerra de los seis días

Estos son dos hechos históricos, que analizados a la luz de la Biblia, nos hablan claramente de que Dios estaba al lado de Israel.

La declaración del Estado de Israel en 1948 por Ben Gurión cuando había sólo en Palestina seiscientos mil judíos entre hombres, mujeres y niños, y le declararon la guerra Egipto y los árabes de las naciones vecinas y después de expresiones hirientes que decían que llenarían el mar de cadáveres judíos..., todo terminó en paz con un armisticio favorable a Israel.

—Sobre la «guerra de los seis días» sólo voy a copiar unas palabras de lo que dije sobre esta guerra cinco días antes de que estallara, y pueden verse en mi libro «Israel y las profecías». Cuando todos esperaban que desaparecería Israel y sus enemigos contaban con un triunfo seguro y decían: «Borraremos a Israel del mapa en 48 horas», yo me atreví a escribir (lo hice primero en el periódico local «El Correo de Zamora», el 30 de mayo de 1967: «Uno que haya visto en el mapa el territorio que ocupa el estado de Israel, compuesto de dos millones y medio de judíos, y

los países que lo rodean: Líbano, Siria, Jordania, Arabia Saudí y Egipto, y el refuerzo de Irak, Argelia, Túnez y Marruecos... ¡100 millones de árabes contra 2 millones y medio de judíos!, y además el apoyo ofrecido a los primeros, de Rusia, de China y de la India, puede preguntarse: ¿podría subsistir el pequeño Estado de Israel si todos se lanzan sobre él?

Yo contesto, a la luz de la Biblia, que es la palabra de Dios escrita: *Israel subsistirá.* A él es al único que se le asegura la supervivencia, según los oráculos de Isaías, Jeremías y Ezequiel».

Esto es lo que dije cinco días antes de que estallara la guerra, y se me criticó y me dijeron que cómo me atrevía a decir esto...; mas cuando ganaron los israelitas la guerra en seis días, cambiaron de parecer y me decían que en qué me apoyaba para decir que ganarían los judíos, mi contestación era clara: Leed la Biblia y lo comprenderéis. Jesucristo dijo: *«La Escritura no puede fallar»* (Jn.10,35).

Israel es un pueblo elegido y amado de Dios. Así, está escrito: *«Yahvé, tu Dios, te ha elegido para ser el pueblo de tu porción, entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra»* (Dt.7,6). *«Si te atacare alguno, no será de parte mía, dice*

el Señor, y quien te ataque caerá ante ti... y toda arma forjada contra ti será inútil, y cualquiera que sea la lengua que contra ti se querelle, triunfarás tú» (Is.54,15-17).

La ayuda que prometió Dios un día a Israel, se la continuará dando: *«Enviaré mi terror delante de ti y pondré en confusión a todos los pueblos contra los que vayas; a todos tus enemigos haré volver la espalda ante ti»* (Ex.23,27).

Algunos han dicho que cuando Ben-Gurión proclamó el Estado de Israel fue ayudado en su pretensión por Francia e Inglaterra y por eso ganaron entonces. A esto yo digo: No olvidemos que hay grandes promesas hechas a Israel. Dios se valdrá de los medios humanos que sean, pero al fin en sus manos está el destino del mundo. *«Los juicios de Dios son inescrutables»* (Rom.11,33). El que lea la Biblia no podrá menos de reconocer que el mundo girará un día alrededor de Israel.

Profecías que se van cumpliendo en la actualidad

Estas profecías son las que refiere el profeta

Ezequiel de los huesos secos y la instalación definitiva de los israelitas en Jerusalén.

1ª Ezequiel dice: «Fue sobre mi la mano del Señor (yo entré en éxtasis)... *y me sacó fuera en espíritu y me colocó en medio de un campo que estaba lleno de huesos, y me hizo pasar junto a ellos y eran numerosísimos y enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿acaso volverán a tener vida estos huesos? Yo respondí: Señor, tu lo sabes.*

Y Él me dijo: «Profetiza sobre estos huesos, y diles: ¡Huesos secos, oid la palabra del Señor! Así, dice el Señor, Yahvé, a estos huesos: Voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis... y sabréis que yo soy Yahvé.

Entonces profeticé yo, como me mandaba; y mientras yo profetizaba se oyó un ruido tumultuoso y juntáronse los huesos, cada hueso con su hueso correspondiente... y luego entró en ellos el espíritu, y vivieron y se pusieron en pie formando un ejército sumamente grande.

Entonces me dijo: Esos huesos son la entera casa de Israel. Andan diciendo: «Se han secado nuestros huesos y ha perecido nuestra esperanza, estamos completamente perdidos». Por eso profetiza y diles: Así habla el Señor, Yahvé: He aquí que

abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel, y al abrir yo vuestros sepulcros y sacaros de vuestras sepulturas, conoceréis, oh pueblo mío, que Yo soy el Señor. E infundiré en vosotros mi espíritu y viviréis, y os daré reposo en vuestra tierra; y conoceréis que Yo el Señor lo he dicho, y Yo lo hago, dice el Señor» (Ez.37,1-14).

Los judíos son como esqueletos sin vida, cuyas sepulturas son los pueblos entre los que están dispersados; un día los sacará Dios de ellas y los traerá a su patria de origen.

¿Quién no ve que esta visión grandiosa es una profecía que se está cumpliendo en nuestros días? Empezó especialmente con la proclamación del Estado de Israel y ha ido en aumento y continua en la actualidad.

2ª *Profecía* que se ha cumplido con la guerra de los «seis días» es la proferida por Jesucristo el domingo de Ramos:

«Vendrá una gran calamidad sobre esta tierra y gran cólera contra este pueblo. Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos entre las naciones, y *Jerusalén será hollada por gente extraña hasta que se cumplan los tiempos de las naciones»* (Lc.21,23-24).

En esta profecía podemos distinguir tres partes: 1) muerte por la espada, 2) deportación e instalación de sus enemigos, 3) hasta que el cumplimiento de los tiempos de las naciones.

Las dos primeras se realizaron el año 70 de nuestra era, cuando fue sitiada Jerusalén por los ejércitos romanos al mando de Tito (como ya describimos anteriormente, en cuyo asedio perecieron más de un millón de judíos, y noventa y siete mil fueron dispersos).

La tercera que se inició entonces ha durado hasta mediados de junio del año 1967, en el que Jerusalén cayó en manos de los israelitas, y en el que se logró su sueño de conquistarla.

Desde que Jesucristo pronunció esta profecía, Jerusalén ha sido hollada por los gentiles hasta nuestros días. Las invasiones de esta ciudad han sido muchas: primeramente Tito, después por Cosroas persa, Heraclio, el califa Omar, etc.; es decir, Jerusalén no ha cesado de estar bajo el dominio de los romanos, persas, sarracenos, turcos... y árabes hasta ahora que ha sido conquistada por los israelitas.

¿Qué sucederá ahora? Jesucristo dijo que Jerusalén estaría bajo los pies de los gentiles *hasta que se cumplieran los tiempos de las naciones.*

Y ¿qué significaba esta expresión «tiempos de las naciones»? Esta es una nueva era que va a comenzar. Estamos en los últimos tiempos, o bien pudiéramos decir, «final de los últimos tiempos» que serán seguidos del llamado «juicio de las naciones» (en los que Dios enviará un gran castigo sobre el mundo debido al descreimiento o falta de fe) y de la conversión del pueblo judío.

Las palabras dichas de Jesucristo hacen referencia a estas otras del profeta Daniel (30,3): *«Vociferad: ¡Desdichado día! Porque se acerca el día del Señor, el día de tinieblas, que será el tiempo de los gentiles».*

«El tiempo de los gentiles» o «tiempo de las naciones» es aquél en que apenas habrá fe en el mundo y los hombres se vayan alejando de Dios, o como comenta el escriturista Filión, «es el tiempo en que Dios se propone estallar su cólera contra todo el mundo pagano».

Judíos y gentiles

Según las Escrituras, la humanidad se divide en dos grupos: El pueblo judío o Israel y el pueblo gentil o las naciones.

Al venir Cristo a la tierra, *«tanto judíos como*

gentiles eran reos de pecado ante Dios..., pues todos se extraviaron... No había uno que hiciese bien» (Rom.2,9-12).

Dios vino a este mundo con el fin de salvarnos a todos, y así dijo: *«Id, enseñad a todas las gentes... Predicad el Evangelio a toda criatura, el que lo creyese y se bautizase, se salvará, y el que no creyere se condenará»* (Mt.28,19; Mc.16,15-16); pero tuvo cierta preferencia por los judíos *Iudaeo primum...* y a ellos quiso evangelizar primeramente y después a los demás (Mt.10,5-6; Lc.24,47).

El que fuera luego apóstol Pablo fue un judío acérrimo defensor de la ley mosaica; pero un día, él que dijo haber sido blasfemo y perseguidor de la Iglesia de Cristo, en su caída, camino de Damasco, cuando iba con el fin de encarcelar allí a los seguidores de Cristo, una luz del cielo lo iluminó... y al conocerle a Él como Mesías y Dios verdadero, dijo: *«Siento una tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía ser yo mismo anatema de mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas...»* (Rom.9,2-4).

Penetrado de la idea que la salvación de todos estaba en el conocimiento de Cristo y su doctrina, se dedicó con todo empeño a predicar a los

judíos enseñándoles que Jesucristo es el Mesías y era Dios... El les demostraba por las Escrituras que Jesús era el Cristo o Mesías esperado «*y como ellos le contradijesen y prorrumpieran en blasfemias, sacudiendo sus vestidos, les dijo: caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza; yo no tengo la culpa. Dese ahora me voy a los gentiles*» (Hech.18,6).

Otro día, casi toda la ciudad de Antioquía de Pisidia se reunió para oír la palabra de Dios. «*Los judíos, al ver la muchedumbre, se llenaron de envidia, y blasfemando se oponían a lo que Pablo decía. Entonces Pablo y Bernabé sin contemplaciones dijeron: A vosotros teníamos que predicar primeramente la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, tenedlo entendido, nos dirigimos a los gentiles, porque así nos lo ha mandado el Señor: Yo te he puesto por luz de las naciones, a fin de que seas su salvación hasta los confines de la tierra* (Is.49,6).

Al oir esto los gentiles, se alegraban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron cuantos estaban ordenados a la vida eterna, y la palabra del Señor se divulgaba por toda la región» (Hech.13,44-49).

Los judíos se hicieron indignos del Evangelio y de pertenecer a la Iglesia de Cristo por su incredulidad y rebeldía.

Los gentiles entran en la Iglesia y obran con buena voluntad, siguiendo así el único camino de salvación: *la fe en Cristo;* mas los judíos se extravían y son rechazados por su falsa idea de la justificación, ya que no la quieren alcanzar por la fe en Cristo, creyendo su Evangelio, sino que intentan alcanzarla por sus propias obras o cumplimiento de la ley mosaica.

El *Dr. Wise,* el 22 de diciembre de 1925, pronunció sobre Jesús un discurso ruidoso en su «Sinagoga Libre», donde declaraba: «Los judíos deben aceptar la doctrina de Jesús, reconocerle por judío, estudiar su vida... La doctrina de Jesús es una frase del espíritu que nos lleva hacia Dios».

Y esta es la realidad, ya que San Pablo señala el conocimiento del Evangelio como medio para conocer a Cristo y salvarse.

Los judíos, podemos decir, no tienen disculpa, porque oyendo el Evangelio no creen en la doctrina revelada por Jesucristo (Rom.10,14ss). Sigue siendo un pueblo rebelde en la actualidad; pero su reprobación no es total, ni universal, ni será perpetua (Rom.9-11).

La separación de judíos y gentiles durará hasta el fin de los tiempos, hasta la restauración definitiva de Israel, cuando «todo Israel sea salvo», porque entonces judíos y gentiles serán «Israel de Dios» o Iglesia santa.

Vendrán un día la pérdida de la fe de los gentiles y el juicio de naciones, y por la pérdida de la fe de los gentiles entrará Israel en la Iglesia, y ésta tendrá entonces su triunfo con el reinado absoluto de Jesucristo.

La conversión de Israel

Dios nos revela en la Biblia el castigo del pueblo judío y a la vez su conversión. *«Así habla Yahvé: Tu herida es incurable... Yo te he herido como hiere un enemigo con castigo cruel por tu enorme iniquidad, por tus pecados incontables... Yo te restauraré tu carne, tus heridas curaré...»* (Jer.30,12ss).

La dureza y ceguedad del pueblo judío en no reconocer a Jesucristo como Mesías, es de suyo incurable; se necesita un milagro de la gracia, el cual hará Dios en su tiempo, porque Él intervendrá de un modo maravilloso en su favor.

«Llevaré, dice el Señor, a los ciegos por un camino ignorado, los conduciré por senderos desconocidos. Ante ellos tornaré en luz las tinieblas... (Is.43,25).

El profeta Oseas nos dice que *«al fin de los tiempos buscarán con temor al Señor, su Dios»* (3,5), y en el libro segundo de los Macabeos (2,7), que *«los reunirá en su pueblo* (cosa que se está realizando en la actualidad) *y usará con ellos de misericordia».*

Hay una profecía, la del apóstol Pablo que se relaciona con la apostasía de las naciones, y en ella se nos revela la incredulidad futura de los gentiles o pueblos cristianos que abrazaron un día la fe, y a su vez la conversión de Israel.

Profecía del apóstol Pablo

El apóstol en el capítulo 11 de la carta a los Romanos nos viene a decir que Dios no ha desechado a su pueblo y llegará el día de su conversión.

«Por el pecado de los judíos, comenta San Jerónimo, la salvación pasó a los gentiles, y por la incredulidad de los gentiles volverá a los judíos». Por tanto, la ceguera temporal que padece

Israel durará el mismo tiempo de perseverancia de los gentiles en la fe.

Israel es el olivo de cuya raíz creció el cristianismo (la raíz simboliza a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob), y los gentiles son el olivo silvestre injertado en él. Nosotros no podemos vanagloriarnos porque pudiéramos ser cortados como lo fueron ellos, si no permanecemos en la bondad, y el día que salgan los judíos de su incredulidad, serán injertados de nuevo, y ¡cuán gran fruto darán ellos que son ramas naturales injertadas en el propio olivo!

Si el repudio de los judíos fue reconciliación del mundo, ¿qué será su readmisión sino vida de entre los muertos? Entonces sucederá que su conversión tendrá tal repercusión en el mundo entero que los gentiles no convertidos entrarán a su vez en la iglesia, y para los que quedasen, los mismos judíos serán, cual otro San Pablo, misioneros que «irían a las islas remotas que no hayan oído hablar de Dios, a anunciar su gloria entre los gentiles» (Is.66,19), terminando por entonar todos juntos un himno de eterna gratitud y alabanza al único Redentor: Cristo-Jesús, y entonces se cumplirá la profecía de un solo rebaño bajo un solo pastor.

He aquí la profecía del apóstol:

«Pues no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (esto es, los designios de Dios) *para que no presumáis de vosotros mismos: Porque el endurecimiento ha venido parcialmente a Israel, HASTA QUE LA PLENITUD DE LOS GENTILES HAYA ENTRADO; entonces TODO ISRAEL SERÁ SALVO, como está escrito:*

»Vendrá a Sión el libertador para apartar las impiedades de Jacob (Is.59,20). *Y esta es la alianza de mi parte con ellos, cuando yo borre sus pecados»* (Jer.31,33-34; 27,9).

El misterio de la conversión de los judíos es un secreto en los planes de Dios y su expectación durará *«hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado»*. ¿Qué quiere decir esta expresión? No quiere decir que «cuando todos los gentiles hayan entrado en la Iglesia», porque así no se ve cuando puede llegar el día que *«todo Israel sea salvo»*, porque la cizaña estará siempre junto al trigo (Mt.13,34ss) y porque apenas habrá fe...

La expresión «plenitud de los gentiles» equivale a «cuando la fe llegue a su plenitud», cuando no entren más gentiles en la Iglesia, o sea, cuando hayan entrado los que deban entrar y se halle formado entre ellos *«un pueblo fiel y con-*

sagrado a su nombre» (Hech.15,14). Y como «el final de los últimos tiempos» se caracteriza por la falta de fe en el mundo y está anunciado un juicio de naciones, sin duda el pueblo judío se convertirá a raíz de un gran cataclismo en el mundo, como luego diremos.

Descreimiento o falta de fe

Los «últimos tiempos» de la época mesiánica se caracterizan, según las Escrituras, por la falta de fe cristiana. *«Como hubo en el pueblo falsos profetas, así habrá falsos doctores, que introducirán sectas perniciosas, llegando hasta negar al Señor que los rescató... Muchos los seguirán en sus liviandades, y por causa de ellos será blasfemado el camino de la verdad...». «Y ante todo debéis saber como en los últimos días vendrán impostores, con sus burlas, escarnecedores, que viven según sus propias concupiscencias...»* (2 Ped. 2,1-2; 3,3).

—*«En los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de si mismos y del dinero, soberbios, maldicientes, desobedientes a sus padres, impíos... calumniadores... enemigos de todo lo*

bueno... Amadores de los placeres más que de Dios. Tendrán ciertamente apariencia de piedad, pero en realidad lejos de ella» (2 Tim. 3,1-5).

«Vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus paciones, y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas» (2 Tim. 4,3-4).

Por el exceso de maldad en los últimos tiempos «se enfriará la caridad de los muchos; mas el que perseverare hasta el fin se salvará» (Mt. 24,12-13).

Jesucristo dijo: *«Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿hallará fe en la tierra?»* (Lc. 18,8). Este es el gran misterio que el apóstol Pablo llama de iniquidad y de apostasía (2 Tes. 2,1 ss).

«El misterio de iniquidad ya está obrando» desde el principio, en forma oculta de cizaña mezclada con el trigo, y se ve claramente como va apareciendo en nuestros días en los ambientes intelectuales y en los populares y obreros, como dijo Pio XI, y es menester reconocer que la apostasía o defección de la fe va en aumento. Esto se debe a la crisis o cambio de mentalidad cristiana del hombre y de la sociedad actual, por vivir de espaldas al Evangelio.

¿Quién no advierte hoy la falta de austeridad y de amor al sacrificio y a la cruz? Apenas se ven hombres con aspiraciones de santidad; en cambio los vemos imbuidos del materialismo y con preocupaciones constantes de diversión y de placeres terrenos... Por eso no nos debe extrañar que venga un gran castigo universal sobre el mundo.

El juicio de las naciones

Este es uno de los temas que más se repite en la Biblia; mas conviene advertir que ella nos habla de dos clases de *juicios de vivos:*

—*Un juicio particular* o castigo determinado contra una sola nación, y así vemos el anuncio del «día del Señor» contra Jerusalén, contra Babilonia, contra Egipto, etc. Estos castigos se han verificado y seguirán verificándose otros parecidos en el transcurso de la historia. Los pecados individuales se castigarán en ésta o en la otra vida; pero los sociales forzosamente será castigados en la presente.

—*Un juicio universal* o contra todas las gentes o naciones es el que tendrá lugar en el llamado «día del Señor» por excelencia, y es el que se

nos describe varias veces en los Libros Santos con carácter colectivo y social para el fin de los tiempos. A este juicio divino serán sometidos todos los hombres y todos los pueblos. Conviene advertir que el castigo es llamado bíblicamente «juicio de Dios».

La manifestación de la ira de Dios es en la Biblia una expresión equivalente a sus castigos divinos. Él no obra como los hombres, porque tiene dominio de pasión, y si de hecho castiga es porque el individuo o la sociedad son culpables. El pecado nos separa de Dios: es incompatible con su santidad (Heb. 10,29-30). De aquí que la ira de Dios y su venganza, o sea, sus castigos son efectos del pecado.

En el transcurso de los siglos ha habido grandes castigos, y vemos que Dios los ha descargado sobre Sodoma, Babilonia, Nínive, Cafarnaún, Jerusalén... por la incredulidad de sus habitantes. Y ¿no son también grandes castigos las guerras europeas sufridas y las actuales y cuantas se han sufrido en la historia? Mas al fin de los tiempos, cuando apenas haya fe en el mundo, se repetirán estos castigos: guerras, hambre, terremotos, epidemias, etc; pero habrá uno con carácter social y universal, y éste será «el juicio de naciones».

Las descripciones de algunos juicios particulares desencadenados por Dios contra los pecados de los hombres, veg. el de la destrucción de Jerusalén por los ejércitos romanos, descrita por el historiador Flavio Josefo, es algo tan terrible que causa pánico y espanto indescriptible al oírla; pero no tiene comparación con las que la Biblia nos hace del juicio de naciones. Veamos algunas:

Profecías sobre el juicio de las naciones

En la Biblia se nos habla de un gran castigo universal con las expresiones «el día del Señor» y «el fin de los días» o «postrero de los tiempos» «el día grande del Señor», y después de decirnos que toda la tierra quedará desolada y del gran exterminio de sus habitantes, terminan diciendo que quedará un corto número, y en algunos pasajes vemos como será refugio para Israel y lo purificará, y cómo se convertirá este pueblo a raíz de este juicio universal.

«*—Cerca está el día grande del señor, próximo está y llega con gran velocidad... Día de ira es aquel, día de angustia y aflicción, día de devastación y tinieblas... Yo angustiaré a los hombres, de modo que andarán como ciegos,*

porque han pecado contra el Señor; su sangre será derramada como el estiércol..., pues he decretado congregar a los pueblos y juntar a los reinos para derramar sobre ellos mi indignación... Yo daré entonces a los pueblos (a los sobrevivientes) *labios puros para que invoquen el nombre del Señor y le sirvan... El resto de Yahvé no cometerá iniquidad...»* (Sof. 1,14-17; 3,9).

—*«He aquí que el Señor devastará la tierra, y la dejará desolada, trastornará la superficie de ella y dispersará a sus habitantes. Y será del pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, del comprador como del vendedor, del que presta como del que toma prestado, del acreedor como del deudor.*

La tierra será devastada y saqueada del todo, por cuanto Yahvé así lo ha decretado... La tierra está profanada por sus habitantes, pues han traspasado las leyes y violado sus mandamientos, han quebrantado la alianza eterna. por eso la maldición devora la tierra, y quedará solamente un corto número» (Is. 24,1-6).

—*«Tiemblen los habitantes todos de la tierra, que se acerca el día de Yahvé. Ya está cerca. Día de tinieblas y oscuridad... Que se alcen las gentes y marchen al valle de Josafat (= valle del*

juicio), que allí me sentaré a juzgar a los gentiles de enderredor... porque su iniquidad es grande. Muchedumbres, muchedumbres en el valle del juicio, porque se acerca el día del Señor...

El sol y la luna se oscurecen y las estrellas pierden su brillo. Mas el Señor será un refugio para su pueblo y una fortaleza para los hijos de Israel» (Joel 2,2:3,12-17).

—«He aquí que viene el día del Señor, el inexorable, con furor e ira ardiente, para convertir la tierra en un desierto y exterminar en ella a los pecadores... Entonces castigaré al mundo por su malicia... Haré que los hombres sean más escasos que el oro fino...» (Is. 13,9-13).

—Al fin de los tiempos... juzgará a muchos pueblos y ejercerá la justicia sobre las naciones poderosas y hasta las más lejanas... (Miq. 4,1 ss).

—En la última parte de los días... Él juzgará a las gentes... (Is. 2).

—«He aquí que se desata el torbellino de Yahvé, tempestad furiosa que se precipita y descarga sobre la cabeza de los impíos. No se calmará el ardor de la ira del Señor hasta realizar y cumplir sus designios. Vosotros los conoceréis al fin de los tiempos" (Jer. 30, 23-24).

Los últimos tiempos y el fin del mundo

Conviene advertir que «el día de Yahvé», el día de la ira, de la devastación universal, no es el fin del mundo, pues continuará sobrevivientes... De los últimos tiempos nos habla muchas veces la Sagrada Escritura. Estos tiempos que empezaron con la primera venida de Jesucristo, llegarán un día a su fin, y están caracterizados por la «falta de fe» y bien los pudiéramos llamar «tiempos de incredulidad», en los que parece hemos entrado ya.

Al final de estos tendrá lugar el «juicio de naciones», o sea, un gran castigo sobre el mundo, el que anuncian con frecuencia los profetas por vivir los hombres alejados de Dios y a espaldas del Evangelio.

Los últimos tiempos no hay que confundirlos con el fin del mundo, pues éste no vendrá pronto, pues han de pasar generaciones y generaciones. Durante los últimos tiempos tendrá lugar la apostasía o pérdida de la fe, y vendrá el castigo de que hemos hablado sobre las naciones y quedarán sobrevivientes, convirtiéndose entonces el pueblo judío, y de los supervivientes de judíos y gentiles, se formará un pueblo santo sobre la tie-

rra y se cumplirá la profecía de un solo rebaño sobre un solo pastor, apareciendo la Iglesia de Cristo en todo su esplendor y triunfo.

La conversión de Israel a raíz del juicio de naciones

El pueblo elegido de Israel ha sido castigado muchas veces por sus rebeldías, y también advertido para que no se apartase de sus mandamientos, y así pudiera evitar nuevos castigos. Un día dijo el Señor al profeta Isaías: *«Clama... haz resonar tu voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus maldades...»* (8,1).

Se ve claramente que Dios quiere ante todo la conversión de Israel, y un día quiso hacerles una llamada especial al arrepentimiento por medio del mismo profeta, y así le dijo: *«Ve y di a ese pueblo: Oid y no entendáis... endurece su corazón...»* ...Dios preveía su impenitencia, y esta expresión tan dura equivalía a decirles (como otro día lo hiciera por el profeta Ezequiel) «Predícales, aunque no te harán caso, pero así no tienen excusa, y yo descargaré mi justicia implacable sobre ellos».

Después Isaías, ante la misión que Dios le da,

le dice al Señor: *«¿Hasta cuándo durará la obcecación de Israel y encontrará la salvación?* *Y le responde: «Hasta que las ciudades queden asoladas y sin habitantes, y las casas sin moradores, y la tierra hecha un desierto. Hasta que Yahvé arroje lejos a los hombres, y sea grande la desolación de la tierra»* (Is. 6,11).

La obcecación, pues, de Israel durará hasta que venga un cataclismo o devastación de la tierra, en la cual quedará un corto número de moradores, como suelen indicar los profetas al hablar del juicio de naciones; pero el resto de Israel también saldrá purificado, como dice la siguiente profecía:

«Y sucederá que en toda la tierra (de Israel), dice el Señor, dos partes de ella serán dispersadas y perecerán, y la tercera quedará en ella. Esta tercera parte la haré pasar por el fuego, y la purificaré como se purifica la plata, y la acrisolaré como es acrisolado el oro. Ellos invocarán mi nombre, y Yo los escucharé propicio. Yo diré: Pueblo mío eres tú; él dirá: Tú eres mi Dios y Señor» (Zac. 13,8-9).

Comentando Nácar-Colunga las últimas palabras de la profecía antes citada del profeta Sofonías, dice: «El día del Señor, que el profeta

anuncia, será un juicio sobre todas las naciones, que recibirán su castigo, mientras que Israel, purificado por el cautiverio, se convertirá a Yahvé, que le redimirá».

Habrá un nuevo Israel

Después de su conversión, Israel empezará a ser otro, será «nuevo», porque en él se cumplirán plenamente las promesas que Dios le ha hecho por sus profetas, y entonces todo será nuevo, como nos dice la Escritura Santa: nueva la alianza (Jer. 31,31), nuevo el corazón y nuevo el espíritu (Ez. 36,26), nuevo David (Os. 3,4-5; Jer. 23, 5-6)..., nueva Jerusalén (Is. 2 y 66; Miq. 4), nuevos cielos y nueva tierra (Is. 65,17; 2 Ped. 3,13; etc.)...

Esto sucederá cuando los israelitas vuelvan a buscar a Yahvé, su Dios, y acudan temerosos a Él y a su bondad al fin de los tiempos (Os. 3,5); cuando todos entren en la Iglesia de Dios.

La Biblia nos habla de un «resto» o residuo de Israel que se salvará. De hecho, a la primera venida de Jesucristo se salvó ya un resto (figura

de otro que tendrá lugar al fin de los tiempos), que lo componían los apóstoles y los diversos judíos que se bautizaron entrando en la Iglesia, como podemos ver, vg. por la predicación del apóstol Pedro (Hech. 2,41;...), y así siguieron hasta que llegó el momento en que repudiaron la predicación del Evangelio que el Señor les hizo por San Pablo. Entonces, como los judíos blasfemasen oponiéndose a lo que les decía el apóstol, les dijo con valentía: *«A vosotros teníamos que predicar primeramente la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, tenedlo entendido, nos dirigimos a los gentiles»* (Hech. 13,46).

Los judíos por su incredulidad y rebeldía se hicieron indignos de entrar en la Iglesia de Jesucristo, y por eso pasó la Iglesia a los gentiles, o mejor dicho éstos entraron en ella... Ahora bien, *«los dones y la vocación de Dios son irrevocables»* (Rom. 11,29), y como Él no falta a sus promesas, los judíos (si bien dejaron *temporalmente* de ser preferidos) volverán a ser los predilectos de Dios, y esto sucederá cuando se convierta y establezca con ellos la nueva alianza, que está anunciada desde antiguo por los profetas, y que mira a los últimos tiempos (Is. 59,20).

Israel, pues, al incorporarse a la Iglesia de Jesucristo, volverá a ocupar su lugar de preferencia en la misma Iglesia.

Entonces se cumplirá también lo anunciado por el Espíritu Santo en el salmo 22(21), 28-28):

«Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los confines de la tierra y se postrarán delante de Él todas las familias de las gentes, porque de Yahvé es el reino, y Él dominará a las gentes».

Formación de un pueblo santo

Después del castigo que recaerá sobre las naciones, la Iglesia se purificará y en ella se integrarán los judíos, y entonces, una vez verificada la purificación de éstos, según el anuncio de los profetas, se formará de las reliquias de los gentiles y del resto de Israel un pueblo santo sobre el que reinará el Señor.

Entonces, dice el profeta Isaías: *«El trono de Israel será semilla santa»* (6,13) y *«los restos de Sión y los sobrevivientes en Jerusalén serán llamados santos»* (4,3). En aquel tiempo *«no se oirá más vivencia en tu país... los de tu pueblo todos serán justos, poseerán la tierra para siem-*

pre» (60,18-21). *«Porque como produce la tierra sus gérmenes y como hace brotar el huerto sus semillas, así el Señor, Yahvé, hará brotar la justicia y la gloria ante todas las gentes»* (61,11).

Y el profeta Sofonías dice: *«Entonces volveré a dar a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor... El resto de Israel no cometerá iniquidad, no dirá mentira, ni se hallará en su boca lengua falaz. Tendrán frutos abundantes y gozarán descanso, sin que nadie los atemorice»* (3,9,12-13).

También dice el profeta Ezequiel, que después de recoger a los judíos de todos los países y llevarles a su propia tierra, purificará a los judíos: *«Y derramaré sobre vosotros agua limpia para que quedéis limpios y os purificaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos... y haré que sigáis mis mandamientos y observéis mis leyes, poniéndolas por obra»* (Ez.36,16 ss).

«Y entonces haré de ellos una sola nación en el país... No se contaminarán más con sus ídolos, con sus abominaciones, ni con ninguna de sus transgresiones, puesto que yo los pondré a salvo sacándolos de todos los lugares donde pecaron, los purificaré; y ellos serán mi pueblo, y Yo seré su Dios... Y habitarán para siempre en la tierra

que Yo les di, ellos y sus hijos... y haré con todos ellos una alianza eterna...» (Ez.37,22-28).

«Cumplidos los tiempos prefijados, serán restauradas o recapituladas todas las cosas de los cielos y la tierra en Cristo» (Ef.1,10). Los profetas nos anuncian un mundo regenerado y nuevo, un pueblo santo, y que hasta la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre.

De la transfiguración de las cosas creadas nos hablan Isaías (65-17) y los apóstoles Pedro (2,3,5) y Pablo (Rom.8,19 ss), y es bella esta expresión: *«Porque así como subsistirán ante Mí los cielos nuevos y la tierra nueva, que voy a crear, dice Yahvé, así subsistirá vuestra progenie y vuestro nombre»* (Is.65,22).

La frase «nuevos cielos» y «nueva tierra» nos señalan una transformación de las cosas creadas, y por lo mismo, después de los últimos tiempos o juicio universal de naciones, el mundo no será aniquilado, sino solamente renovado y cambiado en mejor. Como dice San Jerónimo: «Pasa la figura, no la sustancia. No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y antiguos mudados en mejores», pues sabemos que *«Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra en la que habita la justicia»* (2 Ped.3,13).

Un milenarismo paradisíaco

Después del juicio universal de naciones y formado un pueblo santo, tendrá lugar un milenarismo paradisíaco, y si a alguno no le agrada que diga un «milenarismo» (debido a que varios han caído en errores condenados por la Iglesia por no haber interpretado rectamente el pasaje de los «mil años» del Apocalipsis), dígase «época maravillosa de paz», a la que contribuirá el estar condenado o reprimida la acción de Satanás.

Entonces los judíos convertidos usufructuarán su conversión, se multiplicará la fe, tendrá un triunfo definitivo la Iglesia de Cristo y se cumplirá la profecía de un solo rebaño bajo un solo Pastor, y también las profecías referentes al reinado de Jesucristo, a la abundancia de bienes materiales: fertilidad exuberante de la tierra, longevidad, felicidad y paz en el mundo y otras muchas más que citaremos.

No faltan exégetas que hayan dicho que no se puede admitir que sobrevenga a Israel tanta grandeza de bienes temporales, pues para ellos tales promesas de orden material son como un envol-

torio o símbolo de bienes espirituales...; mas, si hemos de ser consecuentes, no podemos ir contra la exigencia del texto sagrado, que está reclamando el cumplimiento literal de lo que anuncian los profetas. Por tanto estas profecías se cumplirán.

Las razones que tenemos para afirmarlo son:

1.ª: Porque es un hecho real y público la dispersión de Israel entre las naciones, primeramente anunciada (Dt.28,64) y repetidamente por los profetas, que tenemos citados) y luego cumplida (2 Rey,14-18;24,24) y está comprobada por la historia. También es un hecho real su repatriación, y notemos que Israel vuelve de una dispersión real, y no metafórica, a una tierra no figurativa, sino geográfica, a Jerusalén, a un país determinado, a Palestina.

Ahora bien, si estos son hechos reales, ¿por qué no han de serlo igualmente las promesas que se hacen a Israel, incluso las que miran al bienestar temporal, siendo así que está anunciada para cuando los judíos sean repatriados y purificados de sus pecados?...

2.ª: Porque los profetas nos anuncian, no sólo los padecimientos de Cristo, sino también sus

posteriores glorias (1 Ped.1,10), y si las profecías sobre Cristo humilde y paciente (Is.7,14; Miq.5,2; Zac.9,9; Sal.22(21), 18;69,22; Is. 53, etc.), se han cumplido literalmente como nos los atestiguan el tiempo y la historia, ¿por qué no se han de cumplir las demás?...

3.ª; Nos la da Benedicto XV en su encíclica *Spiritus Paráclitus*, citando palabras de San Jerónimo: «Porque no es posible que tantas promesas como cantan en sentido literal los santos profetas, queden reducidas a no ser otra cosa que fórmulas vacías y términos materiales de una simple figura retórica; ellas deben, por el contrario, descansar en un terreno firme, y cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico».

En consecuencia: Mi criterio es, pues, éste: que bien examinadas las profecías con sus promesas de bienestar temporal, han de tener su cumplimiento, y será para cuando Israel en masa (Rom.11,26) se convierta y sea Iglesia de Cristo, *«y se halle purificada la tierra y quede libre de la maldición a que fue sometida a raíz del pecado de nuestros primeros padres. Entonces será cuando la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre»...*

«La humanidad, como nota el Dr. Díez Macho en su «Historia de la salvación», empezó con paraíso y terminará con un retorno al estado paradisíaco, en el que el bien dominará al mal, los buenos a los malos, el Mesías a Satán: dominio total, exclusivo y perpetuo».

Promesas hechas por los profetas

A la promesa de repatriación y de liberación hecha por Dios a Israel por medio de casi todos los profetas, seguirá su conversión y luego otras promesas de paz y bienestar temporal. Vamos a enumerar algunas tal como están en la Biblia.

1. Desarme universal: época de paz

«En la última parte de los días», dicen los profetas Isaías (2,4-5) y Miqueas (4,3-4), el Señor *«juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, y de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán espada gente contra gente, ni se ejercitarán para la guerra...»*

El salmista también nos dice: *«Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que ha dejado sobre*

la tierra. Él es quien hace cesar la guerra hasta los confines de la misma. Él rompe el arco, troncha la lanza y hace arder los escudos en el fuego» (45,9-10;Os.2,18).

Los profetas anuncian una época en que nunca volverá a haber guerras, y ¿quién no ve que aún están por cumplir tales profecías? La historia es testigo de que siempre ha habido guerras y cada vez más feroces y sin indicio de que los pueblos puedan entenderse definitivamente.

Notemos que esta paz relatada en la Biblia tendrá lugar «en la última parte de los días», al fin de los tiempos, cuando el Señor sea adorado y conocido como *«Dios de toda la tierra», «cuando el conocimiento de Yahvé inunde el orbe», «mientras no sea derramado sobre todos un espíritu de lo alto y el desierto se torne en vergel. Entonces la paz será obra de la justicia o santidad, y el fruto de la santidad el reposo y la seguridad para siempre»* (Is.32,15 ss).

2. Se amansarán las fieras y no harán daño al hombre

Cuando los hombres impíos hayan desaparecido, y *«la tierra se halle llena del conocimiento*

de Dios», «habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará junto al cabrito; el ternero y el leoncillo andarán juntos, y un niño los guiará. La vaca pacerá con la osa y sus crías se echarán juntas; y el león comerá paja con el buey, y el recién destetado meterá la mano en la madriguera del basilisco. No habrá daño ni destrucción en todo mi monte santo; porque la tierra estará llena del conocimiento de Yahvé, como las aguas cubren el mar» (Is.11,6-9).

Jamás se ha visto tal convivencia de animales mansos con las bestias más feroces y que están sometidas al hombre como los demás animales domésticos y que no hagan daño a nadie...; pero esta promesa será una realidad para los tiempos escatológicos que se anuncian; ¿por qué entonces? Porque en aquella época todo el mundo será purificado, no habrá impíos sobre la tierra, pues la iniquidad será destruida y todo el orbe estará lleno del conocimiento del Señor.

Entonces la paz y la justicia reinarán, y *«las criaturas, liberadas de la servidumbre de la corrupción, participarán en la gloria de los hijos de Dios»* (Rom.8,21), porque la tierra quedará libre de la maldición a que Dios la sometió por el pecado (Gén.3,17). Entonces los hombres vivi-

rán con los animales, al igual que Adán estuvo con ellos en el paraíso terrenal.

3. La nueva alianza

Esta alianza es la clave para que comprendamos el por qué de la gran paz y el bienestar que ha de seguir a la conversión de Israel debido al máximo conocimiento que todos han de tener de Dios.

De esta nueva alianza, que se relaciona con la futura salvación del pueblo judío todo entero, porque se hace referencia en ella a las doce tribus, o sea, las de Israel y de Judá, nos hablan los profetas Jeremías (cap.31) y Ezequiel (cp. 37), y es la que se contrapone a la del Sinaí, que fue violada muchas veces por culpa de la nación (Ez.16,59), y porque no la cumplieron, vinieron sobre ellos todas las calamidades hasta el destierro y la destrucción (Lev.26; Dt.28 y la profecía de Cristo sobre las ruinas de Jerusalén, Mt.24).

Veamos la nueva alianza que Dios promete hacer con su pueblo por boca de Jeremías: *«He aquí que vienen días, afirma Yahvé, en que pactaré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva... Este será el pacto que Yo concertaré con la*

casa de Israel después de aquellos días, dice Yahvé: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no necesitarán instruirse los unos a los otros, ni el hermano a su hermano, diciendo: «Conoced a Yahvé», pues todos ellos me conocerán, desde el pequeño hasta el mayor, dice Yahvé; porque perdonaré su culpa, y no recordaré más sus pecados» (Jer.31,31-34). El profeta anuncia una nueva alianza escrita sobre los corazones, en sustitución de la antigua escrita en piedra.

Nótese que esta profecía se dirige a ambos reinos, el de Israel y de Judá, que no han tenido su plena repatriación y restauración, y aún no se ha cumplido, por cuanto se necesitan todavía instrucción, catequesis, predicación (y la profecía dice: *«no necesitarán instruirse los unos a los otros, diciendo: Conoced a Yahvé; pues todos me conocerán),* y como podemos apreciar, estamos muy lejos de aquel estado feliz que no habrá más necesidad de enseñanza religiosa.

4. Profecías sobre el reinado de Jesucristo

He aquí unas pocas profecías que aún no se han cumplido:

—«*Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra... Se postrarán ante Él todos los reyes y le servirán todas las gentes» (Sal.72,8* y 11).

—«*Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los confines de la tierra y se postrarán ante Él todas las familias de las gentes. Porque de Yahvé es el reino y Él dominará a las gentes»* (Sal.22(21),28-29).

—«*Al fin de los días... Yo reuniré, dice el Señor, a la dispersa (esto es, a la extraviada o dispersos de Israel)... y la haré un pueblo poderoso, y Yahvé reinará sobre ellas en el monte Sión desde ahora y para siempre»* (Miq.4,6 ss).

—«*Y reinará Yahvé sobre la tierra toda, y Yahvé será único y único su nombre»* (Zac.14,9).

—«*Y entonces* (después del gran juicio de las naciones) *Yo devolveré a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor»* (Sof.3,9).

5. Promesas de bienestar temporal

Cuando Israel se convierta y sea purificado de sus pecados, los desiertos florecerán y ten-

drán cosechas de frutos y producción de ganados como jamás se ha conocido.

«Así dice el Señor: El día que Yo os purifique de todas vuestras iniquidades, repoblaré las ciudades... La tierra devastada será cultivada en vez de ser un desierto a los ojos de todo transeúnte. Y se dirá: La tierra que estaba desolada ha venido a ser como jardín del Edén...» (Ez.36,33-35).

—*«He aquí que vienen días, dice el Señor, en que al arador le seguirá el segador, y al que pisa las uvas el que esparce la semilla; los montes destilarán mosto, y todas las colinas abundarán de fruto...»* (Amós 9,13).

—*«Habrá abundancia de trigo en el país hasta en la cumbre de los montes; ondeará como el Líbano su fruto y florecerán los habitantes como la hierba de la tierra»* (Sal.72,16).

—*«Entonces brotarán aguas en el desierto y arroyos en la tierra árida. El suelo abrasado se convertirá en estanque, la tierra sedienta en manantiales de agua, y la guarida y morada de los chacales en parque de cañas y juncos»...* (Is.35,6-7).

—*«Enviaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición. Los árboles del campo darán fruto*

y la tierra dará sus productos y vivirán en paz en su tierra» (Ez.34,26 s).

—Hay un pasaje que se repite cuatro veces en la Biblia en la que se nos habla de los árboles de la vida. Aluden al paraíso, mas en este último y nuevo paraíso no habrá árbol prohibido, y sí multitud de árboles de vida. En Ezequiel (47,12) se lee: *«En las riberas del río, al uno y al otro lado, se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y cuyo fruto no faltará. Todos los meses madurarán frutos, por salir sus aguas del santuario, y serán comestibles, y sus hojas, medicinales»* (Se puede leer lo mismo en Zac. 14,8: en el Apocalipsis 22,1-3; en Joel 3,18).

—*«Entonces Dios te dará la lluvia para la simiente que siembras en la tierra, y el pan que la tierra produzca será suculento y nutritivo... y en todo monte alto y en todo collado elevado habrá arroyos y corrientes de agua»... (Is.30,22* ss).

En la época en que se cumpla lo anteriormente descrito, se verificará igualmente lo que dice el profeta: *«Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que habite otro, no plantarán para que*

recoja otro... No trabajarán en vano...» (Is.65,21-22).

Esto nos señala una época en que desaparecerá la explotación del hombre por el hombre, porque cada uno será dueño de su trabajo.

6. Longevidad de los habitantes de la tierra

En la época ya descrita, para cuando la tierra esté llena del conocimiento de Dios, *«Jerusalén será mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. No habrá allí niño de pocos días, ni viejo que no cumpla los suyos. Morir a los cien años será morir joven, y no llegar a los cien años será tenido por maldición... Según los días de los árboles, serán los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán de la obra de sus manos., No se fatigarán en vano, ni darán a luz para una muerte prematura, sino que serán la progenie bendita de Yahvé; así ellos como sus descendientes...»* (Is.65,19-24).

«Así dice el Señor de los ejércitos: Aun se sentarán en las plazas de Jerusalén ancianos y ancianas, que por los muchos años llevarán en la mano su bastón. Las calles de la ciudad esta-

rán llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas. Así dice Yahvé de los ejércitos: Si esto es difícil a los ojos del resto de su pueblo en estos días, ¿parecerá acaso imposible también a mis ojos?, dice el Señor» (Zac.8,4-8).

Los hombres ¿llegarán entonces a vivir tantos años como los patriarcas antediluvianos? Si esto parece imposible a los ojos de los hombres y cosa maravillosa, no así a los de Dios que lo anuncia.

Esta promesa está sellada con palabras proféticas de Yahvé: *«El Señor es quien lo ha dicho, dice el salmista, y es cosa admirable a nuestros ojos»* (117,23).

7. El nuevo David

La historia es testigo de que las tribus de Israel no han tenido caudillo alguno desde su dispersión, y se les promete uno para el fin de los tiempos. Entonces, y a «David, su rey».

Sabido es que con Sedecías, último rey de Judá, terminó la dinastía de David, y después de él, dice Ezequiel, que no habrá quien ciña la corona de esta dinastía hasta que venga aquél a quien pertenece (21,27).

El profeta Jeremías dice: «*Yo haré volver a los cautivos de Judá y a los de Israel y los restableceré como al principio, y los limpiaré de todas las iniquidades que contra mí se cometieron... En esos días y en ese tiempo yo suscitaré a David un renuevo de justicia, que hará derecho y justicia sobre la tierra... No faltará a David un varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel. Y a los sacerdotes levitas no faltará tampoco un varón, que me ofrezca holocausto... todos los días*».

Según este texto, tenemos que «*para cuando Dios reúna a las tribus de Judá y de Israel y los limpie de sus pecados*» (que será al fin de los tiempos) suscitará Dios un «nuevo David» que será quien se siente sobre el trono de la casa de Israel, y un sumo sacerdote... Entonces se establecerá reino eterno y perpetuo sacerdocio. Esto se esclarecerá mejor en los textos siguientes del profeta Zacarías (6,9-15;5,6):

«Así Yahvé Sebaot: He aquí que el varón cuyo nombre es *Germen*, y del cual producirá germinación, edificará el templo de Yahvé, *se revestirá de majestad*, se sentará y dominará en su trono, y el *sacerdote se sentará en su solio*, y HABRÁ ENTRE AMBOS CONSEJOS DE PAZ».

«Escucha, pues, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan delante de ti: SOIS VARONES DE PRESAGIO. He aquí que Yo hago venir a mi siervo Germen... y en aquel mismo día quitaré de la tierra la iniquidad».

A la luz de estos textos, vemos claramente que en los tiempos futuros, cuando sea borrada la iniquidad de la tierra, habrá dos potestades supremas: UN REY descendiente de David, que representa a la autoridad civil o temporal, y UN SUMO SACERDOTE. ¿Quiénes son éstos? Son los dos varones de presagio (Zac.3,6), el Zorobabel y el Josué (hijo de Josedec) *escatológicos.*

Notemos que no estarán ambas potestades reunidas en una sola persona, sino por separado, en dos personas distintas, ya que el texto distingue entre *trono* y *solio*, y entre *germen o vástago davídico* y el *sumo pontífice o sacerdote,* y además porque «entre ambos habrá consejo de paz».

Por ser, pues, dos personajes escatológicos y no uno, no vemos clara la exégesis que algunos hacen referente a Cristo. Estos textos de Zacarías (que algunos no traducen rectamente, porque quieren (identificar a ambos), merecen una atención debida, y serán clave para resolver esta cuestión.

Sabemos que en el salmo 110 el Mesías es a la vez rey y sacerdote, mientras que en el texto de Zacarías se reparte la realeza y el sacerdocio entre dos personas distintas, las que sin duda serán vicarios de Cristo, uno en lo espiritual y otro en lo temporal. Por tanto en aquella época habrá un nuevo David y un nuevo Pontífice o Papa, que tendrán su residencia en Jerusalén.

También el profeta Ageo (2,21-23) nos habla de los dos que serán supremas potestades en el reino de Cristo, y esto sucederá después que Dios haya trastornado los tronos de los reinos y destruida la fuerza del reino de las gentes... El Zorobabel histórico, que no fue más que un gobernador de Judá y tributario de los reyes de Persia, no es más que una figura pálida del que un día será el Zorobabel escatológico.

8. Jerusalén será la capital del mundo

Los profetas Isaías y Miqueas nos dicen que al fin de los tiempos, Jerusalén será el centro de las naciones. En ella, y «sobre un monte muy elevado» (Ez.40,2), estará construido el futuro templo donde el Señor será adorado y reconocido como Dios de toda la tierra, y *«todas las na-*

ciones acudirán a Él y llegarán muchos pueblos y dirán: ¡Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob! Él nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, pues de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Él juzgará a todas las naciones» (is. 2,3-4; Miq.4)

«Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti. Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para traerte los bienes de las gentes con sus reyes por guías al frente; porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados...»

«A tus pies se postrarán todos cuantos te infamaron y te llamarán la ciudad de Yahvé, la Sión del Santo de Israel... Tu pueblo será un pueblo de justos y poseerá la tierra para siempre... Yo Yahvé, lo he resuelto, y a tiempo yo lo cumpliré».

«Sobre ti viene la aurora de Yahvé, y en Ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz y los reyes a la claridad de la aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo: Todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos y tus hijas...»... (is.60).

«Entonces se llamará a Jerusalén trono de Yahvé; a ella en nombre del Señor vendrán todas las naciones y no seguirán más la obstinación de su propio corazón perverso» (Jer.3,17).

También Zacarías, posterior al destierro babilónico, escribe: *«Esto dice el Señor: me he vuelto a Sión y moraré en medio de Jerusalén, y Jerusalén será llamada la ciudad fiel, y el monte del Señor de los ejércitos, monte santo»* (8,2).

Los capítulos 54,1-55,10 de Isaías, y después 60,1-62,12, comenta Nácar-Colunga, forman un gran poema en que se describe la gloriosa restauración de Jerusalén convertida en centro de las naciones, que se sienten atraídas a ella debido a las maravillas que ven realizadas por Yahvé. El tema se encuentra con frecuencia en los profetas,

La promesa de que todos los reyes y pueblos de la tierra adorarán al verdadero Dios, no se cumplió al regreso de Babilonia, ni se ha cumplido aún, y está vinculada, como dice Santo Tomas, a la conversión de Israel (Dt.4,30; Sal.,72,11; Rom.11,25-32; Is.60,22).

En Jerusalén, después de reunir el Señor a su pueblo, seleccionando un resto, reinará en él para siempre (Miq. 4,6-8).

En aquella época final que anuncian los videntes bíblicos será cuando se cumplan también las siguientes palabras de Daniel: *«Y le fue dado el señorío, la gloria y el reino, y todos los pueblos y naciones, y lenguas le servirán. Su señorío es un señorío eterno que jamás se acabará, y su reino no será jamás destruido»* (17,14).

Este en el cual serán recogidos todos los pueblos y a cuyo rey obedecerán todas estas naciones —nótenlo bien los partidarios del sentido alegórico y que no ven más que símbolos—, tiene lugar sobre pueblos y hombres que están en la tierra, pues ejercerán el dominio sobre todos los reinos que se hallan «debajo del cielo» (Dn.7,27, y éste sin duda es el reino que enseñó Jesucristo a pedir a sus discípulos: *«Venga a nosotros tu reino».*

Causa principal de la época paradisíaca

La Sagrada Escritura es la que nos anuncia una época admirable de paz y de santidad para cuando se convierta el pueblo judío y sean exterminados todos los enemigos de Cristo, y como el mayor de éstos es Satanás, pues desde que nuestros primeros padres sucumbieron a su engaño,

no ha habido paz en el mundo, forzosamente tenemos que decir que debido a su encadenamiento se le deberá el bienestar de la época paradisíaca, de que hemos hablado.

No hay duda que a su seducción diabólica son debidos los crímenes y los conflictos existentes, las guerras y los robos, y en una palabra el quebranta-miento de los mandamientos divinos.

Satanás siempre aparece como tentador del género humano, de las naciones y del mismo Cristo (Gén.3; Apoc.12,9; 20,2-3; Mt.4) y como sembrador del mal y toda clase de desórdenes e impugnador del reino de Cristo (Mt.13,19.39; Mt. 4,15; Jn.844-47; Ef.6,16; Apoc.2,9-10.13, etc.) y por eso el apóstol Pedro nos exhorta a la vigilancia y a la oración (1 Ped.5,8); mas en los últimos tiempos parece ser que Dios le permitirá mayor libertad y él multiplicará su furor *«por el poco tiempo que le queda»* (Apoc.12,12), y seguirá engañando a las gentes sembrando discordias y suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia Santa, y, antes de la conversión del pueblo judío, juntamente con las fuerzas del mal que están en acción, *«se le permitirá hacer guerra a los santos o cristianos, y vencerlos»* apa-

rentemente (Apoc.13,7), pero al llegar la invasión y últimos ataques de los Gog y Magog (representantes de todas las fuerzas anticristianas), será derrotado el seductor de las naciones, o sea, el Diablo, Satanás, la antigua serpiente, como nos dice el Apocalipsis (20,2-3), y será atado por mil años, y entonces empezará la época pacífica que anuncian los profetas.

En estos mil años (los que en lenguaje bíblico significan un período largo e indeterminado, por estar precisamente aherrojado Satanás y los malignos espíritus), no habrá guerras, sino la época floreciente de paz y de dicha admirables, ya descrita, y reinará en todas partes la santidad y será completo el triunfo de la Iglesia de Cristo.

La Biblia nos habla de esta victoria y de su reinado pacífico de Cristo para tiempos futuros. Será una época en la que los hombres vivirán santamente sobre la tierra por estar entonces toda ella llena del conocimiento de Dios (Is.11,8); y esto es lo que ciertamente nos vemos precisados a admitir.

Durante esta época quedará eliminado todo poder diabólico, y no habrá otro que el de Cristo, al fin del cual *«Él entregará el reino a Dios Padre»* (1 Cor.15,24-25).

¿Qué sucederá después de esta época paradisíaca?

Al final de la época tan maravillosa de paz y bienestar social (época que puede durar mil o miles de años), ésta se verá turbada por la acción diabólica. Así lo dice la Sagrada Escritura:

«Cuando se hubiesen cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá para extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, a fin de reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar» (Apoc.20,7-8).

Pasada, pues, la época paradisíaca, o sea, al fin de los mil años, Satanás irá a seducir a las gentes.

¿Cuáles serán las causas que moverán a Dios

Nota: Los Gog y Magog, de que aquí se habla, son como en Ezequiel 39,2, representantes de los reinos y pueblos anticristianos, pero con esta diferencia, que los de Ezequiel se refieren a tiempos anteriores al Anticristo, porque los judíos vencedores en las guerras que han de sufrir, vueltos ya a su tierra dispondrán de los despojos del ejército de Gog y se habla de sucesos que precisan gran tiempo para desarrollarse, y los Gog y Magog de este capítulo, tendrán por lo menos mil años después, y entre su derrota y la resurrección universal no anuncia ningún otro suceso.

para poner en libertad a Satanás? Aquí no se nos dicen. ¿Será que al final de esos mil años o los miles que dure la época paradisíaca, los hombres se habrán hecho culpables de faltas gravísimas? ¿Será una nueva prueba sobre la humanidad? El hecho es que el demonio irá pervirtiendo a las gentes, y las fuerzas del mal, o sea, los Gog y Magog, atacarán a los santos y a la ciudad santa, pero Dios hará que sean devorados por el fuego que hará descienda sobre ellos.

Al final de los últimos tiempos, como al final de la época milenaria no faltarán guerras crueles y se irán viendo dos ejércitos enfrentados: el del bien y el del mal; pero el triunfo definitivo será el de Cristo, como leemos en el Apocalipsis, que hará que las fuerzas anticristianas o diabólicas queden humilladas y derrotadas.

¿Vendrá luego el juicio final?

En toda la Biblia hallamos dos pasajes que nos hablan del juicio universal y final. Estos son los señalados en el Apocalipsis (20,11 ss) y en San Mateo (25,31 ss). En éste se nos dice que se verificará en la segunda venida de Jesucristo, pues dice: «*Cuando venga el Hijo del hombre en*

su gloria y con todos sus ángeles, entonces se sentará sobre su trono de gloria. Todas las naciones serán congregadas en su presencia, y separará a unos de los otros»..., a los justos de los pecadores e impíos, y nos habla claramente de la vida eterna que sigue a la presente, en la que hay premios y castigos eternos, pues termina diciendo: *«que el diablo y los impíos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna»* (Mt.25,46).

A este juicio universal precederá una resurrección también universal, pues Cristo, que tiene el poder de juzgar al mundo, nos dice; *«No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio»* (Jn.5,28-29).

Y hemos de tener presente que al juicio universal nos irá precediendo un juicio particular a cada uno, pues *«está establecido morir una vez y después de esto el juicio»* (Heb.9,27). *Al morir, el cuerpo volverá a la tierra de la cual ha sido formado, y el alma volverá a Dios que le dio el ser»* (Ecl.12,7). Hay, pues, otra vida después de

ésta, o la misma continuada, que es eterna. Un joven preguntó a Jesucristo ¿qué tengo yo que hacer para conseguir la vida eterna?, y Éllecontestó: *«Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt.19,17). Y *«ésta es la promesa que Dios nos hizo de la vida eterna»* (1 Jn.2,25). Jesucristo nos habla en el Evangelio de un cielo o premio eterno, y así dijo: *«Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en el cielo»* (Lc.6,23).

Termino este trabajo diciendo que toda la felicidad del hombre se halla según podemos ver, a través de todos los libros de la Biblia, en el cumplimiento de los mandamientos de Dios (leer Lev.26 y Dt.28) y veremos que las bendiciones y maldiciones de Dios arrancan de su cumplimiento, y por eso a los israelitas les repetía Dios por medio de Moisés:

«¡Ojalá cumplieseis mis mandamientos, para ser felices vosotros y vuestros hijos!»

INDICE

Presentación 3
— EL PUEBLO DE ISRAEL. SU ORIGEN 5
— Dios habla a Abraham 5
— Historia de José 8
— Los israelitas se establecen en Egipto 11
— Moisés, libertador de Israel 12
— El pueblo de Israel en el desierto. La Alianza 15
— La felicidad de Israel y de todos los pueblos 18
— Israel, pueblo elegido por Dios 20
— Infidelidades de Israel: el becerro de oro 22
— Milagros a favor de Israel 24
— El gran castigo en el desierto 26
— Nuevo castigo, el de Coré, Datán y Abirón . 29
— Conquista de la Tierra Prometida 30
— Conquista de Jericó 33
— ¿Quiénes eran los cananeos? 35
— Nueva amonestación a los israelitas 36
— Josué, los Jueces y los Reyes 37
— Breve resumen histórico de los dos reinos .. 40
— Dios les habla por medio de los profetas 41
— Dios les echa en cara su ingratitud 44
— El destino tremendo de Israel 46
— Palabras de Amós a las tribus del Norte 48

— Triste suerte de los últimos reyes de Judá 50
— Sedecías, último rey de Judá 51
— Palabras de Jeremías en el vacío 53
— Fin de los reinados de Israel y de Judá 54
— ¿Cuál fue la suerte de los desterrados? 55
— La visión de Ezequiel 57
— Restauración parcial de las tribus de Judá ... 58
— Judea pierde su independencia 61
— ¿Cuál es el Mesías prometido al pueblo de Israel? 62
— Profecías mesiánicas y su cumplimiento en Jesucristo 64
— Jesucristo y los judíos 67
— Los renteros homicidas y la ruina de Jerusalén 71
— Descripción de la toma de Jerusalén por Flavio Josefo 75
— Los jefes del pueblo deciden la muerte de Jesús 78
— ¿Quiénes son los responsables de la muerte de Jesús? 81
— ¿Qué tenemos que saber de Jesucristo? 83
— ¿Qué piensa hoy el pueblo judío de Jesús? .. 85
— El pueblo de Israel a partir del año 70 88
— Teodoro Herzl y David Ben-Gurión 90
— Reunificación de Israel 95
— Profecías que se refieren a Israel y Judá 98
— Dios está al lado de Israel 101
— El Estado de Israel y la guerra de los seis días 104

— Profecías que se han cumplido en la actualidad 106
— Judíos y gentiles 110
— La conversión de Israel 114
— Profecía del apóstol Pablo 115
— Descreimiento o falta de fe 118
— El juicio de las naciones 120
— Profecías sobre el juicio de las naciones 122
— Los últimos tiempos y el fin del mundo 125
— La conversión de Israel a raíz del juicio de naciones 126
— Habrá un nuevo Israel 128
— Formación de un pueblo santo 130
— Profecías hechas por los profetas: paz universal, amansamiento de fieras, longevidad... Nueva alianza, etc. El nuevo David. Jerusalén capital del mundo... 136
— Causa principal de la época paradisíaca 151
— ¿Qué sucederá después de esta época? 154
— ¿Vendrá luego el juicio final? 155